

TRAS LAS
HUELLAS DE LA
VIUDA NEGRA



Lucas Claudín
Di Fidio



TRAS LAS HUELLAS DE LA VIU- DA NEGRA

[Lucas Claudín Di Fidio](#)

2016 Licencia Creative Commons
Attribution-NonCommercial-
NoDerivatives 4.0
1607218421321
Primera edición: julio 2016
ISBN-13: 978-1535415644
ISBN-10: 1535415649
Create Space
Todos los derechos reservados

Todos los personajes que aparecen en esta novela son inventados, así como las situaciones en que se ven envueltos. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

Capítulo 1

Eloy Maldestro entró a paso ligero en la redacción de *El Centinela*. Era una bonita mañana de primavera y sentía cómo la energía desbordaba todos sus poros, incluidos los que no estaban a la vista.

—He venido a ver al señor Adolson —anunció al receptionista.

—¿Y ese quién es? —preguntó el otro, extrañado.

—Se supone que es el director.

—Vaya. ¿Y usted quién me ha dicho que es?

—Aún no se lo he dicho.

—Tiene razón. Pero no hace falta que me lo diga. No creo que fuera capaz de recordarlo demasiado tiempo. Mejor escríbalo en este papel. Yo se lo haré llegar... ¿a quién dijo?

—Al señor Adolson.

—¿Que sería...?

—El presunto director de este diario. Dado que son ustedes periodistas, haría bien en ir empleando su jerga, para hacer méritos.

—Es curioso, hasta ahora hubiera jurado que, aparte de usted y yo, no había nadie más.

—La hay, créame. De camino aquí he contabilizado 173 transeúntes.

—Eso es mucha gente, ¿no?

—Bastante, para ser un día laborable.

—Mire, será mejor que siga usted solo por aquel pasillo. No recuerdo muy bien dónde está el despacho del gerente.

—Del director.

—Eso no lo recuerdo en absoluto.

—Creo que me las apañaré. Gracias por su ayuda.

—Ha sido un placer. Siempre es bueno hablar con alguien que le recuerda a algo.

—¿A qué le recuerdo yo?

—Al pregonero de mi pueblo. Era igual de enclenque y poquita cosa que usted.

—Gracias. Eso me eleva la moral. Siempre me había subestimado bastante.

—El pobre no daba pie con bola.

—Igual que yo.

—Siempre empezaba leyendo el pregón del año anterior.

—Eso es que tenía visión histórica.

—Qué va. Era más miope que un topo.

Se escuchó un portazo. Adolson irrumpió en la recepción con el ceño fruncido y los brazos en jarra.

—Matías, deja de entretener a este señor. Llevo media hora esperando.

—Usted disculpe, señor contable.

—Director, Matías, sigo siendo el director. No me degrades sin más.

—Precisamente estaba pensando en hacerle presidente honorífico.

—Te lo agradezco, pero ese cargo no existe. Prefiero seguir como director —dijo Adolson. Y con un vigoroso manotazo en la espalda empujó a Tobías pasillo arriba.

—Adelante muchacho. Te haré una entrevista en toda regla.

Pasaron a un despacho con un gran ventanal al fondo que ocupaba casi toda la pared y que ofrecía una magnífica vista de un patio interior lleno de cachivaches oxidados.

—Tendrás que perdonar a nuestro recepcionista. Desvaría un poco. Pero nos da pena echarlo. Lleva con nosotros desde que se fundó el diario, hace mes y medio —dijo al tiempo que tomaba asiento tras el escritorio y encendía un puro barato. Tobías notó que tenía una mano más grande

que otra. Se preguntó con cuál de las dos lo había propulsado hasta ahí.

Adolson extrajo una carpeta de un cajón y separó una hoja de papel.

—He de decir que tu currículum me ha impresionado de veras. En el encabezado pones tu nombre, y el resto está en blanco.

—Soy una persona modesta. No me gusta vanagloriarme de mis logros.

—Excelente. ¿Y qué sabes hacer?

—Básicamente, nada.

—Extraordinario. Realmente extraordinario.

—Mi madre me dijo de niño que nadie lograría hacer carrera conmigo. Y tenía razón.

—Portentoso. ¿Tienes ideas políticas?

—No. Pero tengo un sonajero que le robé a un niño el otro día en un parque. Todavía estoy preguntándome de qué me sirve.

—Grandioso. Eso significa que tampoco tienes principios éticos.

—Desde luego que no. ¿Por quién me toma?

—Magnífico, magnífico. Eres un diamante en bruto. Con el tiempo llegarás a ser un gran reportero. Necesitamos a gente indecente como tú para levantar este periodicucho de mierda. La semana pasada sólo vendimos tres ejemplares, y uno lo compré yo.

—¿Y los otros dos?

—Fueron retirados por orden judicial.

Dicho esto exhaló una nube de humo tan densa y pestilente que Tobías se mareó, perdió el equilibrio y cayó de la silla.

—No te preocupes —oyó que decían al otro lado de la nube—. A todos los que entran en este despacho por primera vez les pasa lo mismo.

Tobías se levantó entre golpes de tos y trató de sentarse otra vez, pero lo hizo encima del cactus que había a un la-

do. Pegó un brinco de medio metro y aterrizó dentro del acuario que había al otro lado.

—Refrescante, ¿verdad? Cada vez que alguien entra aquí por primera vez se reproduce la misma secuencia. Es como una moviola. En el perchero tienes una toalla para secarte. Está todo previsto.

—O sea, que lo hace a propósito.

—Por supuesto. Con algo tengo que distraerme. El oficio de director estresa mucho.

—Pues yo lo veo muy relajado.

—Es mi temperamento. Los gordos somos felices por naturaleza. Bueno, siéntate, pero esta vez en la silla. Voy a tener que renovar el cactus. Te has llevado tú solo todas las púas. Has superado satisfactoriamente la prueba de admisión, así que estás contratado. No hace falta que firmes nada, nos ahorraremos trámites. Ahora hablemos de trabajo. Pero antes deja que te presente a Milda, es nuestra jefa de redacción.

Adolson pulsó un botón del interfono y esperó.

—Pero si no ha dicho nada...

—No hace falta. Un toque significa que llamo a Milda. Dos, que llamo al fotógrafo. Tres, que llamo al corrector de estilo. Y así sucesivamente.

—Ingenioso.

—Es una manera de tener sobre ascuas a mi interlocutor. Nunca sabe quién se va a presentar.

Entró Milda. Era una mujer menuda, morena, de ojos ardientes. Quizá demasiado ardientes, pensó Eloy.

—Milda, te presento a nuestra nueva adquisición. No entiende ni jota de periodismo, pero está destinado a sacarnos de pobres. Es un individuo que carece por completo de principios.

Milda lo estudió detenidamente.

—Me gusta la gente así. ¿Tú cómo te lo sueles montar?

—No le hagas mucho caso. Milda es ninfómana perdida, pero es nuestra mejor jefa de redacción. De hecho no tene-

mos ninguna otra. Sin ella seríamos aún peores de lo que ya somos.

—Gracias por el cumplido —dijo Milda.

—No hay de qué. Figúrate que en el cuarto de baño va marcando una rayita en los azulejos por cada elemento que se pasa por la piedra.

—¿O sea que usted también...?

—Él hizo el número 57 desde que llegué a la ciudad —afirmó Milda con aplomo.

—Qué le vamos a hacer —dijo Adolson con aire inocente, encogiéndose de hombros y extendiendo las palmas de las manos—. Yo estoy felizmente casado, pero ante semejante presión...

—O sea que son ustedes como una gran familia unida por...

—El sentido lúbrico de la existencia —completó Milda.

—¿Lo ves? En el fondo es una poetisa. Por algo es jefa de redacción.

—Y su periódico es...

—Un semanario sensacionalista —completó Adolson—. Nos encanta destapar escándalos.

—Y mi función sería la de...

—De eso hablaremos tú y yo en privado —completó Milda.

—Pero no demasiado en privado, Milda. Hay que poner a esta joya a funcionar a todo tren.

—Ya me encargo yo.

—Me refería al aspecto laboral.

—Así lo he entendido.

—Bien, pues pónmelo en antecedentes. Eloy, te damos la bienvenida al periodismo más amarillista y repulsivo que existe.

—Gracias. Es para mí un honor...

—Ahórrate los discursos. Aquí vamos directos al grano.

—Vale.

—Y ahora largo de aquí. Llevo un buen rato esperando el momento de no hacer nada.

Capítulo 2

—Esta es la sala de redactores —dijo Milda, señalando una hilera de cubículos idénticos, dentro de los cuales, agazapados como conejos, una serie de individuos hablaba por teléfono al unísono.

—Parece más bien una sala de operadores de bolsa.

—Cierto. Sólo que aquí lo que cotiza es el soplo. Todos ellos van tras el rastro de alguno. Aquel cubículo vacío será tu flamante nuevo puesto de trabajo. Tienes un teléfono y un ordenador para escribir. Yo estoy tras aquella cristalera, desde la que os tengo a todos a la vista. Y ahora ven. Te explicaré lo que tienes que hacer.

Pasaron a una oficina acristalada.

—Este es mi reino. Siéntate.

—Aquí no hay cactus, ¿verdad?

—No, ni pecera. Esas son cosas de Adolson.

—Es un alivio.

—Bien. Vayamos al asunto que nos ocupa. ¿Has oído hablar de la viuda negra?

—No.

—No me extraña. Hasta hace una semana, nosotros tampoco.

—¿Quién es?

—La viuda de un magnate del petróleo. Se sospecha, aunque nunca se pudo demostrar, que liquidó a la anterior mujer del magnate para poder casarse con él. Más tarde logró que éste hiciera testamento en su favor. Y por último liquidó al magnate, quedando ella como heredera universal de todos sus bienes y empresas, que no eran pocos. Aquel tipo se metía en todos los charcos.

—Qué gran mujer.

—Yo también la admiro. Si supiera matar sin dejar rastro, no tendría que aguantar el humo appestoso de Adolson.

—¿Y cuál es nuestro papel en todo esto?

—Bien. Como sabrás, todos tenemos nuestro flanco débil. Y nosotros somos expertos en explotar las flaquezas de la naturaleza humana. En este caso hemos apelado a su vanidad. Le propusimos escribir sus memorias y publicarlas por entregas y ella accedió, a cambio de que fueran apócrifas. En una palabra, nosotros publicamos lo que ella nos cuente, pero ella negará siempre habernos contado nada. ¿Lo pillas?

—Creo que sí. Una biografía no autorizada.

—Exacto. Nada de grabaciones ni fotos. Tendrás que tomar apuntes a mano.

—¿Y por qué he de ser yo el que haga esto? He visto que tenéis un montón de gente ahí detrás.

—Sí, pero todos están ocupados persiguiendo rumores varios. Además, ninguno da el perfil. Tú eres buen mozo, aunque algo escaso de carnes, y nos consta que la viuda no es indiferente a los encantos juveniles.

—Pero si tengo casi cuarenta años...

—Ya. Pero la viuda tiene casi setenta. Para ella tú eres un mozalbete.

—Me siento casi utilizado.

—Pues siéntete completamente utilizado.

—Vale. Pero que conste que lo hago...

—Porque no tienes dónde caerte muerto —completó Milda—. En marcha. Te acompañaré hasta su mansión y pasaré a recogerte por la noche. Está en las afueras.

Bajaron al garaje y montaron en una camioneta que parecía sacada de un museo de antigüedades, con un rótulo en los laterales que decía *El Centinela* en caracteres góticos. Sin duda un vehículo muy colorido, pero pelín horterera, pensó Eloy. Seguramente lo harían para marcar la diferencia.

Milda arrancó y salió en tromba del garaje, catapultando a Eloy a los asientos posteriores.

—¿Sorprendido? Las apariencias engañan. La carrocería es antigua, pero le hemos acoplado el motor de un Ferrari —dijo Milda, metiendo la quinta marcha y atravesando media Tráfali como una exhalación—. Es para poder llegar los primeros a las exclusivas.

Cinco minutos más tarde frenó bruscamente ante la mansión, catapultando nuevamente a Eloy al asiento delantero.

—Ya puedes desenredarte y bajar. A partir de aquí te dejo solo —dijo.

Descendió de la camioneta, abrió la puerta del ocupante y permitió que Eloy rodara hasta el suelo.

—Terminarás por acostumbrarte, ya lo verás. Los inicios siempre son duros.

Eloy permaneció tendido en el suelo cuan largo era mientras la camioneta se alejaba a toda pastilla. Reflexionó durante un rato sobre el sentido de la vida y después se levantó. Había llegado a la conclusión de que la vida no tenía ningún sentido.

La mansión estaba rodeada por un muro de tres metros de altura coronado por alambre de espino. Había cámaras de vigilancia por todas partes. Aquello parecía un fortín. Para colmo un foso lleno de cocodrilos con las fauces abiertas le separaba de la entrada principal. Atravesó la pasarela con cautela y se dispuso a llamar al timbre. Pero no hizo falta, la puerta se abrió sola y se adentró en lo que parecía un exótico jardín botánico, sin ninguna indicación de por dónde seguir. Dudó un instante, preguntándose dónde demonios estaría el camino de entrada, cuando se le vino encima un bulldog furioso provisto de un collar de púas y que ladraba como un condenado.

Eloy echó a correr a la desesperada, sintiendo el aliento del bulldog en la nuca, y cuando quiso darse cuenta se encontraba frente a la puerta abierta de la mansión. Un mayordomo de librea le sonreía condescendiente.

—No se preocupe, no muerde. Lo hacemos para que los visitantes lleguen antes. A la señora no le gusta esperar.

El bulldog se calmó de pronto y se retiró disciplinadamente, perdiéndose entre la maleza.

El mayordomo lo condujo hasta un salón con las paredes tapizadas de retratos de prohombres del pasado.

—Aguarde aquí un rato. A la señora, por el contrario, sí le gusta hacer esperar a las visitas.

Eloy se quedó plantado en medio del salón, sudoroso, la ropa hecha jirones. En algún lugar un reloj de cuco dio las doce.

—Cada vez mandan material de peor calidad—oyó que decía una voz a sus espaldas. Se giró y vio a una señora muy alta y elegante que lo sopesaba con la mirada. Tenía el cabello plateado recogido en un moño y la piel muy tersa. Aparentaba veinte años menos de los que cabría suponer.

—Usted será Eleanora, supongo.

—Quién iba a ser, si no. Estás hecho unos zorros. Bien, desvístete. Tengo que comprobar el andamiaje. Después te darás un baño con agua hirviendo.

—¿Me está usted diciendo que tengo que mostrarle mis atributos?

—Claro. Es lo que estipula el contrato que firmé con la agencia. Aunque eso no obsta para que esta vez presente una reclamación. Tienes pinta de que te haya pasado un camión por encima.

—¿De qué agencia me habla? Yo soy reportero de *El Centinela*.

—¿Y a mí eso qué más me da? La gente que me envía la agencia tiene las profesiones más variopintas. He tenido corredores de bolsa, estudiantes de derecho, relojeros, taxidermistas...

—Se me dijo que había un acuerdo con usted para escribir su biografía.

—¿Mi biografía? Qué ocurrencia.

—Le doy mi palabra.